

TEMES

Sujetos colectivos del siglo XX mediterráneo¹

Juan Francisco Fuentes

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE

Por si el tema de esta intervención no fuera suficientemente amplio, empezaré por plantear tres interrogantes generales a los que quisiera dar respuesta a lo largo de estas páginas:

1. ¿Es posible que alguien, en el futuro, escriba un libro como el de Fernand Braudel sobre *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* referido al siglo XX?
2. ¿Llegará a forjarse un estereotipo historiográfico que defina la historia del siglo XX a partir del protagonismo de una clase social, como se

¹ Estas páginas pretenden ser una versión más o menos elaborada de las notas preparatorias de mi intervención en el Seminario de la Red Mediterránea celebrado en Barcelona en diciembre de 1999, con la incorporación de algunas de las valiosas sugerencias que me hicieron los asistentes. Con posterioridad a aquellas sesiones, tuve ocasión de leer el magnífico texto del profesor Casassas *El Novecientos mediterráneo. Ensayo de análisis de una dinámica histórica plural*, que trata, en algunos casos con más amplitud y profundidad, algunas de las cuestiones que yo mismo planteaba en mi intervención. En todo caso, el texto que sigue a continuación no debe verse formalmente como un artículo concebido y desarrollado como tal, sino como una mera aproximación, más intuitiva que sistemática, a un tema de una extensión y una complejidad desbordantes. De ahí que haya preferido renunciar al aparato crítico-bibliográfico propio de todo artículo científico y que haya conservado el espíritu oral y polémico que está en el origen de estas reflexiones.

ha hecho, en ocasiones, por ejemplo G. Palmade, al caracterizar el siglo XIX como «el siglo de la burguesía»?

3. ¿Sería posible que esa imaginaria *Historia del Mediterráneo y del mundo mediterráneo en el siglo XX* girara en torno a una figura individual o colectiva —un estadista, una clase social, un país— que hubiera resultado determinante en la historia del Mediterráneo a lo largo de nuestro siglo?

Lo primero que habría que cuestionar, seguramente, sería la propia pertinencia de una historia del Mediterráneo en el siglo XX, porque caben algunas dudas sobre su importancia como unidad espaciotemporal suficientemente coherente y significativa. El propio Braudel ofrecía en su libro algunas claves para abordar esta primera cuestión. En principio, su respuesta sería negativa. En su opinión, el mundo mediterráneo habría entrado en crisis a partir de mediados del siglo XVII, cuando el espacio central de la historia empieza a desplazarse a otros escenarios, y el Mediterráneo queda cada vez más como una referencia marginal en los intereses geoestratégicos de Francia, Inglaterra y España. Todavía hoy en día, el Mediterráneo como tema histórico, desde un doble punto de vista editorial y académico, está circunscrito principalmente a la Antigüedad clásica. Tomemos, por ejemplo, las 336 entradas que el catálogo de la librería virtual Amazon recoge a principios del año 2000 bajo el epígrafe «Mediterranean History», una cantidad significativa en relación con los 79 títulos que encontraremos en el apartado «African History». Si clasificamos las 336 entradas por grandes períodos históricos, una vez descartadas aquellas que tienen un carácter genérico o atemporal, comprobaremos que el 33,48 % de las obras corresponden a la Antigüedad griega y romana, el 25,24 % a la Edad Media, el 8,14 % a la Edad Moderna y el 21,72 % al siglo XX. Omito el porcentaje de los campos temático-cronológicos menos representativos, como la Prehistoria, el antiguo Egipto o el siglo XIX. Del bloque correspondiente a los últimos cien años, una clara mayoría —el 64,58 % de los títulos referidos al siglo XX y un 14,02 % sobre el total— son libros dedicados al desarrollo de la II Guerra Mundial en la zona. Aunque no se trate más que de una aproximación apresurada a lo que hoy en día se entiende, especialmente en el mundo académico anglosajón, por historia del Mediterráneo, y aunque el criterio de periodización y la propia fuente elegida puedan ser muy discutibles, cabría, a partir de estos datos,

formular una primera conclusión: que el Mediterráneo ya no es lo que era. Podría añadirse incluso que el período del siglo XX mediterráneo que cuenta con más predicamento entre editores e historiadores —la II Guerra Mundial— es aquél en el que más se parece a su época clásica como espacio de confrontación bélica entre grandes imperios.

Ahora bien, si diéramos por bueno el determinismo geográfico que preside la obra maestra de Braudel, la respuesta a la posibilidad de una historia del Novecientos mediterráneo tendría que ser un poco más matizada, porque el *Mare Nostrum* ha mantenido en los últimos tiempos la misma configuración compleja y abigarrada que le hizo ser el centro de multitud de pueblos, culturas y rutas comerciales, es decir, que ha seguido actuando, por utilizar la expresión del historiador francés, como un «vacío creador», capaz de despertar la curiosidad, el afán de conquista y la codicia de todos aquellos pueblos que habitaban sus riberas y de algunos que se encontraban fuera de su marco espacial. En la época contemporánea ha habido incluso un hecho histórico, como fue la apertura del Canal de Suez en 1869, que revitalizó durante algún tiempo el Mediterráneo como lugar de paso obligado y que le restituyó, por tanto, una parte de esa centralidad histórica que había ido perdiendo desde el siglo XVII. Esta circunstancia contribuyó, sin duda, a revalorizar históricamente el Mediterráneo, sin olvidar otros dos fenómenos de gran trascendencia que han marcado buena parte de la historia del siglo XX: la desintegración del Imperio Otomano a principios de siglo, con sus prolongados efectos en una zona tan sensible e inestable como son los Balcanes, y la creación del Estado de Israel en 1948, en parte también como consecuencia del vacío que el Imperio Otomano dejó en la antigua Palestina. Algo parecido podría decirse de la inestabilidad endémica que afecta a varios países de Oriente Medio y que ha resultado decisiva, lo mismo que el permanente conflicto de los Balcanes, para la historia de nuestro siglo, empezando por la I Guerra Mundial y acabando con la desintegración de Yugoslavia y el problema palestino. Todo ello me lleva finalmente a considerar que el Mediterráneo ha ocupado un lugar nada desdeñable en la historia del siglo XX, aunque probablemente sin llegar a tener la apariencia unitaria que la historiografía atribuye a los momentos estelares de su pasado. Se da, pues, una cierta paradoja, y es que la indiscutible diversidad cultural, religiosa y étnica que

caracteriza a la región y que está en el origen de su naturaleza compleja y problemática hace que hoy en día conflictos como el de los Balcanes o el de Oriente Medio se conciban como fenómenos autónomos, desgajados del marco general, y que, por tanto, no añadan gran cosa a una recomposición de la vieja idea unitaria del mundo mediterráneo. Volvamos, para terminar este apartado, al catálogo de Amazon y veremos hasta qué punto la parte compite con el todo e incluso lo supera con creces: frente a los 336 títulos que aparecen en el lugar reservado a *search* escribimos «Mediterranean History», nos encontramos casi con la misma cifra bajo el epígrafe «Balkan History» (301 títulos) y cinco veces más (1.684) si buscamos todos los títulos correspondientes a «Israel History». Hay, como se ve, un cambio significativo en la percepción del universo mediterráneo, considerado cada vez más —por lo menos desde una perspectiva anglosajona— como una suma de piezas aisladas, con escasa relación entre sí.

La segunda cuestión que planteaba al principio nos va a apartar temporalmente del Mediterráneo. ¿Quién ha sido el sujeto histórico determinante de la historia del siglo XX? Huelga cualquier explicación previa sobre el riesgo reduccionista que inevitablemente entraña, de un lado, la existencia de un sujeto colectivo que marque la dirección de la historia y, del otro, la consideración de una unidad de tiempo en sí misma arbitraria, ya sea un ciclo, una década o un lustro, como un ciclo históricamente significativo. Se trata, pues, de un ejercicio interpretativo doblemente cuestionable y que, sin embargo, tiene algo de inevitable. Dejémosnos llevar por la misma fe en su virtualidad histórica que ha llevado a otros historiadores a intentar la caracterización de una época, definida por un lapso de tiempo definido, a partir del protagonismo de una determinada clase social.

A diferencia del siglo XIX, comúnmente aceptado como el siglo de la burguesía, del capitalismo o de la industrialización, el siglo XX no se puede identificar fácilmente ni con una única clase dominante, porque no lo han sido ni la burguesía ni la clase obrera, ni con un sistema económico hegemónico, toda vez que capitalismo y socialismo se han disputado duramente la primacía histórica sobre el último siglo. Por otra parte, la estrecha interrelación que ha existido entre ellos ha contribuido a laminar el feroz antagonismo que han mantenido sobre el papel. Es muy posible que esta circunstancia, esto es, la tendencia a la hibridación entre los dos

grandes sistemas económicos del siglo, haya influido en la crisis del concepto mismo de clase social, entendida como algo homogéneo y fácilmente reconocible a partir de una yuxtaposición de contrarios, según el concepto de clase propio del pensamiento social decimonónico, tanto de la escuela marxista como de la doctrinaria, que se traduce en una fórmula binaria del estilo de burguesía/clase obrera, clases propietarias/clases trabajadoras o clases explotadas/clases explotadoras. Las distintas alternativas que, frente a este modelo, se han ido proponiendo a lo largo del siglo XX no han acabado de cuajar en un esquema capaz de representar los conflictos internos de la sociedad contemporánea mediante la creación de un nuevo elenco de actores sociales más ajustados a la realidad social, económica y cultural de las últimas décadas. Veamos algunos ejemplos.

En los años veinte surgió el tándem tecnocracia/tecnócrata como expresión de una nueva forma de poder económico, un capitalismo de nuevo cuño cuyo paradigma social era el tecnócrata. La «*revolución de los managers*» de la que se habló en Estados Unidos en los años treinta iba en la misma dirección (James Burnham, *The Managerial Revolution*, Nueva York, John Day, 1941), al igual que el culto al ingeniero, encarnación del viejo ideal de raíz saintsimoniana de un capitalismo en perpetua renovación, sin contradicciones de clase y en el que el factor técnico primaba sobre el capital y el trabajo. Buena parte del pensamiento sociológico del siglo XX hasta nuestros días se ha movido en torno a la búsqueda de un sujeto social ecléctico que encaje en una concepción del capitalismo que tiene también una alta dosis de eclecticismo por su deriva hacia fórmulas socializantes o intervencionistas.

El protagonismo que a finales de los años sesenta otorgaron a las élites intelectuales y tecnocráticas autores como Bourdieu, Dahrendorf y, sobre todo, Alain Touraine, por ejemplo, en *Les classes dans une société post-industrielle* (1971), sigue esa misma estela inaugurada en el período de entreguerras por Max Weber y Karl Mannheim. Sus propuestas cobraron un especial interés tras la crisis económica de la década de los setenta y a raíz de la gran revolución tecnológica iniciada entonces. Todo lo contrario ocurre con el libro que N. Poulantzas publicó en 1974 con el título de *Les classes sociales dans le capitalisme d'aujourd'hui*, aplicación de un esquema marxista rígido, de polarización social extrema, en el marco del

llamado *capitalismo monopolista*. Es una obra escrita en buena medida como réplica a los autores antes citados —Dahrendorf y Touraine, especialmente—. Los postulados teóricos de Poulantzas, por ejemplo, a propósito del papel de la pequeña burguesía en el nuevo estadio histórico del capitalismo, producen hoy, como mínimo, la sonrisa compasiva del lector. Menos mal que él mismo advertía en el prólogo que sus propuestas «*n'ont rien de définitif*». En una línea interpretativa opuesta y en un contexto muy diferente, A. Giddens, el profeta de la famosa *tercera vía*, ha acuñado recientemente el concepto de *clase cosmopolita* para designar a los titulares del poder económico en la economía global, bajo una fórmula que expresa sobre todo el carácter anónimo y ubicuo de los nuevos (¿nuevos?) titulares de la riqueza en la sociedad postindustrial. Es pronto para decir si el término hará fortuna: tiene a su favor su ambigüedad, su polisemia y su oportunismo, y en contra exactamente lo mismo.

Pero nuestra búsqueda de un sujeto histórico para el siglo XX nos lleva a contemplar otras posibilidades. Hacer de las masas, como proponía Ortega en 1930, las grandes protagonistas de nuestra era no es una idea desechable, porque el concepto de masas genera un amplio consenso a su alrededor, que va desde el pensamiento conservador hasta el marxismo. Por otra parte, es indudable que algunos de los rasgos más característicos de la civilización del siglo XX —el sufragio universal, los *mass media*, el deporte, la publicidad— guardan relación directa con el espacio central que las masas ocupan en el capitalismo avanzado. El concepto tiene, además, la ventaja de remitir, un poco paradójicamente, a la decisiva función de los intelectuales en la sociedad del siglo XX. Pero las masas plantean también algunos inconvenientes, en primer lugar, porque, a diferencia del sustantivo *intelectual*, acuñado, como es bien sabido, muy a finales del siglo pasado, la voz *masas* es muy anterior a 1900 —data, por lo menos, de los años treinta del XIX—, lo que hace pensar que no se trata de una categoría social específica del Novecientos. En segundo lugar, por la enorme diversidad de significados que se le pueden atribuir, aunque también es posible que esa misma polisemia explique su probada versatilidad ideológica. En todo caso, el término *masas* sugiere una combinación de fuerza numérica y de una cierta pasividad y falta de iniciativa, lo que justificaría su subordinación a una instancia superior, sean los intelectuales, el Estado, el partido o incluso

el mercado, instancia desde la cual se establece la identidad de las masas, sus intereses y su comportamiento. Que las masas carezcan de iniciativa y de conciencia, que tengan, como viene a decir Ortega, una identidad prestada, es algo que compromete enormemente su posible papel protagonista en la historia del siglo XX, en la misma medida en que potencia su función coral en nuestra civilización.

La impresión que va quedando de este recorrido es que el/los sujeto/s colectivo/s que han determinado el devenir de nuestro siglo no son clases sociales en el sentido clásico del término, lo que hace aconsejable buscar en otras direcciones. Y hay que decir que, en cuanto se renuncia a situar el siglo XX en órbita en torno a una clase social, el abanico de posibilidades se abre extraordinariamente. Si bien el problema del sujeto histórico no era algo que interesara especialmente a Braudel, que hace del factor geográfico el desencadenante fundamental de la historia del Mediterráneo, en su libro apunta a los Estados en construcción como motores del mundo mediterráneo en aquella época. El Estado podría ser también el principal artífice de la historia del siglo XX, en el marco de un proceso que, desde la perspectiva braudeliiana de la larga duración, habría empezado en el siglo XVI. Que el siglo XX represente la culminación de ese proceso o una etapa más es una cuestión que nos llevaría demasiado lejos, pero lo que resulta indudable es que en las últimas décadas el Estado ha ocupado, en distintos países, períodos, culturas y hasta en regímenes antagonicos, un espacio mucho mayor que en los siglos anteriores.

Descartadas, pues, las clases sociales clásicas como sujeto histórico y apuntado el Estado como pieza de recambio, quedan dos actores colectivos cuya importancia en el siglo XX es ampliamente reconocida: los intelectuales y las mujeres. No me voy a detener en la cuestión más que para señalar lo que unos y otras pueden tener en común como síntomas o paradigmas de la civilización industrial. En su incorporación a la primera línea de la Historia contemporánea intervienen factores muy distintos y, sin duda, complementarios: la ruptura con el sistema de valores tradicional, propio de la sociedad rural y campesina; el desarrollo urbano y la secularización; la generalización de un amplio catálogo de derechos y libertades, que permite el ejercicio de la crítica cultural y política propio del estatuto del intelectual y que tiene a las mujeres entre sus principales beneficiarios. Finalmente, la mejora del nivel de vida de la población, que genera un *excedente de bienestar* en cuyo

reparto entran tanto las clases trabajadoras como las mujeres, estas últimas en forma de acceso a la cultura, de reequilibrio de las relaciones familiares y de cierta autonomía económica. Los intelectuales y las mujeres coinciden asimismo en el ámbito crucial de los *mass media*, los primeros como creadores de una parte del discurso de los medios y las segundas como factor esencial del público de masas que asegura la viabilidad comercial y la existencia de los mismos.

En todo este proceso de modernización social y cultural, los intelectuales desempeñan un papel clave como garantes morales de ese catálogo de derechos y libertades que se ha ido generalizando a lo largo del siglo y como elementos de intermediación entre la sociedad y el Estado, cubriendo así un doble vacío moral y político, típico de las sociedades desarrolladas: el vacío dejado por los sacerdotes tradicionales, relegados a un plano secundario por la secularización de la sociedad, y cuyo papel han heredado en parte los intelectuales, y el vacío creado por los políticos, víctimas de un descrédito general que se deriva de la propia naturaleza de la política como espacio que la sociedad contemporánea acota para la codificación y representación incruenta del conflicto social, y víctimas también del descrédito añadido por los efectos perversos de la concurrencia entre régimen parlamentario y sociedad de masas sobre la idea de democracia y sobre la clase política de la democracia. Se trata de un proceso que, desde la generalización del sufragio universal en el período de entreguerras, resulta bien conocido: desideologización de la política, desplazamiento del debate ideológico-programático al ámbito del escándalo, potenciación del aparato burocrático y propagandístico de los partidos, encarecimiento descontrolado de las campañas electorales, financiación irregular de los partidos y corrupción política. Una de las consecuencias de esta típica patología de las democracias modernas es el protagonismo de los medios de comunicación y de los intelectuales —lo que a menudo viene a ser lo mismo— como conciencia crítica de la «verdadera» democracia y alternativa moral frente a una clase política que, por su propia función, encarna todas las imperfecciones del régimen parlamentario y hacia la que invariablemente apunta el dedo acusador de la opinión pública.

¿Pueden trasladarse al ámbito mediterráneo estas reflexiones sobre los grandes actores del siglo XX en las sociedades industriales? ¿Quién sería el protagonista colectivo de una hipotética *Historia del Mediterráneo y del mundo mediterráneo en el siglo XX* escrita a la manera de Braudel?

La respuesta a estas dos preguntas no puede darse sin hacer previamente referencia a una doble constatación empírica. La primera es sobre el enorme peso que el poder militar ha tenido en el siglo XX mediterráneo, patente en el considerable número de regímenes militares y/o dictatoriales que han dominado su desarrollo tanto en su vertiente europea como asiática y africana. Este fenómeno se corresponde, asimismo, con una fuerte tendencia a la militarización de la oposición política y social a través de la guerrilla, creación típicamente mediterránea —incluso en su propia denominación: *guerrilla*, *maquis*, *partisanos*— de una forma de lucha que ha conocido multitud de escenarios a lo largo del siglo. La segunda constante que puede fijarse como característica general del Novecientos mediterráneo es el peso de la religión, elemento hasta cierto punto común a casi todos los países ribereños —con la excepción, relativa, de Francia—, por más que el proceso de secularización haya sido más rápido y profundo en los países de tradición cristiana.

No quisiera que de estos dos datos, que, a mi juicio, condicionan la configuración del marco espacio-temporal en el que nos movemos, se dedujera una concepción esencialista de la historia del Mediterráneo, como si esa propensión al militarismo y al clericalismo fuera inherente a su naturaleza, su clima, su paisaje o la forma que tiene el cráneo de sus habitantes. Creo más bien que estas dos tendencias hay que relacionarlas con la debilidad de aquellas fuerzas históricas sobre las que se ha construido la civilización del siglo XX, el mercado, la sociedad civil y el Estado, cuyo desarrollo se ha visto limitado por los obstáculos que en muchos de estos países han encontrado los procesos de industrialización, secularización y urbanización en torno a los cuales se vertebra nuestra idea de modernidad. ¿En qué forma ha repercutido todo ello en el papel de aquellos a los que hemos señalado como principales actores sociales del siglo XX?

El papel que ha desempeñado el intelectual en la región está lleno de paradojas y contradicciones. Conviene recordar que el intelectual es un espécimen que se da principalmente en la Europa mediterránea, mucho más que en el mundo anglosajón. El profesor Liakos, en su artículo «Thoughts on Cultural History of Mediterranean World», (*Cercles*, 2, 1999, 24-35), subrayaba la aportación fundamental de los intelectuales en los países mediterráneos como factor de cohesión social y nacional y como artífices

de una identidad colectiva en construcción. Ese cúmulo de carencias al que antes me refería como distintivas de las sociedades mediterráneas en el siglo XX limita, pero, al mismo tiempo, potencia el liderazgo social de las élites culturales. Entre los factores que les favorecen está el hecho de que la ausencia o la debilidad de una burguesía nacional deja un vacío que en unos casos es cubierto por los intelectuales y, en otros, por los militares. Lo mismo se puede decir de las consecuencias que para la estabilidad política tiene la impopularidad de una clase dirigente que históricamente ha tejido poderosas redes clientelares como medio de perpetuarse en el poder. La fuerza que, en buena parte del Mediterráneo, tienen el patronazgo y el *spoils system* —que, por supuesto, no son privativos de la región— confería una especial verosimilitud a la acusación de corrupción que recae sobre la clase política, los partidos y las instituciones. Sobre esa base se alza el prestigio de militares e intelectuales como contrapoder moral y virtual alternativa ante un régimen corrupto y una clase política inmoral. Por último, en el mundo mediterráneo los intelectuales actúan a menudo como gestores de un Estado fuertemente centralizado y burocratizado, con una necesidad endémica de cuadros cualificados que hagan funcionar un aparato de poder vital para unas sociedades con un alto nivel de dependencia respecto al sector público: la *Ilustración de funcionarios* de la que habló Franco Venturi para caracterizar la base social del Despotismo ilustrado español, la definición de la III República francesa como una *República de los profesores*, según el título homónimo de la obra de Albert Thibaudet (1927), o el membrete de *República de los intelectuales*, acuñado por Azorín al principio de la II República española, serían algunas manifestaciones especialmente representativas de una tendencia, visible en algunos episodios de nuestra Historia contemporánea, a la patrimonialización del Estado por parte de unas élites intelectuales y administrativas.

Ahora bien, los mismos o parecidos factores que otorgan un poder extraordinario a los intelectuales mediterráneos limitan su proyección social y su liderazgo moral y cultural, en la medida en que la conjunción, en muchos países de la zona, de bajo desarrollo económico, persistencia de unas estructuras de base rural y alto analfabetismo fija los límites estructurales que frenan la socialización, a través de la letra impresa, del discurso de los intelectuales, cuyo campo de actuación queda, pues,

constreñido al ámbito de un público minoritario o supeditado al mecenazgo de los poderes públicos. Cabría formular, en todo caso, una primera conclusión, con los riesgos que entraña toda generalización para un marco sociocultural tan diverso: que en los países mediterráneos, la debilidad del mercado cultural hace que el papel del intelectual dependa del protagonismo que quieran darle las instituciones.

Como vimos más arriba, la civilización del siglo XX reserva un destino parecido a los intelectuales y a las mujeres, acaso sus principales beneficiarios. Pero para ello tienen que operarse una serie de cambios estructurales —secularización, democratización, desarrollo urbano— que en muchos países mediterráneos se han producido de forma tardía o incompleta. En la menor participación de la mujer en la vida pública es donde más se aprecia el desfase del mundo mediterráneo respecto a lo que hemos establecido como canon histórico del siglo XX y de sus protagonistas colectivos. Pero aquí se hace precisa una puntualización fundamental que vale también para otras muchas *idées reçues* sobre nuestra civilización, y es que el estereotipo más extendido sobre las formas de gobierno, el sistema de valores o el estilo de vida que identifica al siglo XX constituye muchas veces la excepción, más que la norma, porque está construido a partir de una concepción no ya eurocéntrica, sino anglocéntrica, de la Historia contemporánea. Es evidente, por ejemplo, que el ritmo de incorporación de la mujer a la Historia —sufragio, trabajo, derechos familiares, estudios, vida profesional— es muy superior en Estados Unidos y en los países del norte de Europa que en el resto del mundo, mucho más próximo, por tanto, a lo que podríamos denominar el *paradigma mediterráneo*. Cuidado, pues, con el tentador ejercicio de tomar la parte por el todo.

Las masas, el otro gran actor colectivo del Novecientos, cuentan también en el ámbito mediterráneo con diversos elementos a favor y en contra, siempre teniendo presente su papel coral y subalterno. Las masas son, según se mire, mucho más o mucho menos que la clase obrera. No tienen la conciencia de clase del proletariado industrial y no están vinculadas al proceso productivo, salvo en su papel clave como consumidoras de bienes materiales, de productos culturales, de espectáculos, de mitos, de eslóganes electorales... En una región escasamente industrializada como el Mediterráneo, la crisis histórica de la clase obrera durante la segunda década del

siglo, y especialmente a partir de los años setenta, tiene forzosamente una incidencia mucho menor que en los países occidentales con mayor tradición industrial (véase *Full Monty*). Por su propia indefinición, las masas tienen un mejor encaje en las sociedades mediterráneas, donde el concepto puede integrar lo mismo a la clase obrera, a la pequeña burguesía o a la menestralía tradicional. Bien es verdad que el menor desarrollo urbano, la menor secularización y también la menor capacidad adquisitiva de la población limitan el cumplimiento de su función como grandes consumidoras de la sociedad contemporánea y como receptoras del discurso de los intelectuales. Las bajas cifras de difusión de la prensa escrita en la mayoría de estos países muestran elocuentemente la dimensión de este problema y los límites del mercado cultural incluso en su soporte menos exigente y elitista.

Masas, élites, mujeres... A la hora de hacer balance, y con la salvedad de estas últimas, con las que el Novecientos mediterráneo se ha mostrado más bien cicatero, los otros dos grandes actores de nuestro siglo han encontrado en los países ribereños un marco relativamente propicio a su desarrollo, como demuestra —hago mía la lúcida reflexión de Casassas en este punto— la decisiva aportación de la Europa meridional a la elaboración por parte de pensadores como Pareto, Mosca, Ortega o Sorel de una teoría de las élites y de las masas en el mundo contemporáneo.

Cabe la posibilidad, por último, apuntada ya a propósito de la función del Estado como uno de los grandes vectores de la historia de nuestro siglo, de ensayar una reificación, o si se prefiere una *deshumanización*, del concepto de sujeto histórico. En el papel desempeñado por la ciudad, que entraría de lleno en esta categoría, radica una de las grandes paradojas de la historia mediterránea, porque si, de un lado, es cierto que la historia del Mediterráneo es la historia de sus ciudades, no lo es menos que las sociedades mediterráneas son, o lo han sido hasta fecha reciente, sociedades mayoritariamente campesinas, y porque aún hoy en día la cuenca mediterránea no se distingue precisamente por sus megalópolis, sino por el predominio de ciudades de mediano tamaño, como mucho de dos millones de habitantes. Sobre esta cuestión, referida a la Italia urbana de principios de siglo, escribió Antonio Gramsci un artículo titulado «La función histórica de las grandes ciudades», que se publicó en *L'Ordine Nuovo* el 17 de enero de 1920: «*La ciudad*», decía Gramsci, «*ese organismo de industria y de vida social, de la misma forma*

que ha sido el instrumento del poder económico capitalista y de la dictadura burguesa, se convertirá en el instrumento del poder económico comunista y de la dictadura del proletariado» (cito por la edición francesa: *Écrits politiques*, París, Gallimard, 1974, 3 vols.; el artículo, en el vol. 1, 301-305). Gramsci aplica este principio a tres ciudades italianas: Turín, como capital industrial y proletaria; Milán, como capital financiera, y Roma, como capital administrativa. El futuro de Italia, concluía el fundador del PCI, se decidiría en Milán.

Yo no sé si fuera del ámbito mediterráneo las ciudades pueden llegar a tener la capacidad metafórica que Gramsci veía en las principales capitales italianas. Es indudable que la historia de la literatura y del arte contemporáneo está llena de ejemplos que demuestran la importancia que algunas ciudades han desempeñado como tema de inspiración artística y hasta como protagonistas ellas mismas de una obra de arte: Nueva York para Andy Warhol, Woody Allen o John Dos Passos; Dublín para Joyce; Lisboa para Pessoa, etc. Pero aquí no se trata de la posible dimensión trascendental y metafísica de la ciudad, susceptible de un análisis semiótico, sino de la posibilidad de representar, como en el artículo de Gramsci, cada una con su propia identidad, las fuerzas, los componentes y los conflictos de una sociedad compleja, y convertirse, en definitiva, en protagonistas de la historia. En fecha muy reciente, Santos Juliá atribuía al carácter particular de las ciudades mediterráneas la mayor importancia que el intelectual ha tenido en este ámbito respecto a los países del norte de Europa, y oponía el caso francés, como paradigma del mundo mediterráneo, al modelo anglosajón:

«El modelo francés de intelectual no habría sido posible sin una fuerte capital política y cultural, con espacios definidos de sociabilidad de literatos, filósofos, artistas; con disponibilidad de medios para que los intelectuales pasen rápidamente manifiestos a la firma, publiquen, formen grupos o ligas que extiendan la conciencia de comunidad. Es el intelectual por antonomasia, firmemente asentado en un medio que además de procurarle su sustento le proporciona poder, que se levanta en protesta contra el Estado, visible por todas partes, fuerte, centralizado, invasor de la vida social y al que tiene como su interlocutor inmediato. Dueño del centro de la ciudad, el intelectual se considera a sí mismo como árbitro moral de la nación y depositario de valores universales. Por el contrario,

*allí donde no existe una sola capital cultural, sino muchas ciudades universitarias (...), el intelectual dialogó sobre todo con su homónimo, más que con el Estado: el modelo angloamericano no permite, por la existencia de más de un centro de excelencia para culminar la carrera académica y por la falta de coincidencia de cualquiera de estos centros con la capitalidad política, que los intelectuales se tomen a sí mismos como conciencia de la nación frente al Estado» («La aparición de los “intelectuales” en España», *Claves de razón práctica*, 86 (1998), 2-10; la cita en la pág. 7).*

La diferenciación entre el modelo francés y el modelo angloamericano que se propone en las líneas anteriores resulta muy sugestiva, aunque habría que ver hasta qué punto el primero resistiría una verificación empírica como paradigma del intelectual mediterráneo. Lo que me parece indiscutible es que el estatuto y la concepción misma del intelectual en el ámbito mediterráneo y en el angloamericano son radicalmente distintos, sea o no por las razones que aduce Juliá. Josep Ramoneda recoge en su último libro, *Después de la pasión política*, una anécdota personal que puede ayudar a esclarecer la cuestión. Cuenta Ramoneda que cuando, hace más de veinte años, visitó a Graham Greene en su apartamento parisino le llamó la atención que tuviera sobre una mesa un ejemplar del libro *De la democracia en América* de Tocqueville. Seguramente por romper el hielo y lanzar la conversación, le preguntó su opinión sobre aquel libro: «*No sé nada de eso*», le contestó. «*Yo no soy un intelectual. Soy un escritor*» (*Después de la pasión política*, Madrid, Taurus, 1999, pág. 159). La contundencia de su respuesta, y no sé si decir, la dosis de humildad que contiene, me da pie a formular la siguiente consideración: que el intelectual anglosajón, que podríamos identificar con el protagonista de la anécdota relatada por Ramoneda, es un escritor de un solo género: el novelista es novelista; el poeta, poeta; el ensayista, ensayista. En ese sentido, se trata más, como dice el propio Greene, de un *escritor* al estilo tradicional que de un intelectual según la acepción más amplia del término, que es también la más compartida. Por el contrario, el escritor mediterráneo, además de mantener una relación distinta con la sociedad y el Estado, según la caracterización de Santos Juliá, es más polifacético, está más en la línea de la tradición enciclopédica: es más un intelectual que un escritor.

Parece obligado dedicar la última parte de estas reflexiones a presentar algunas conclusiones con carácter general, que, en parte, van a ser una recapitulación de las cuestiones planteadas y, en parte, van a sugerir otras posibles líneas argumentales que quedarán para mejor ocasión:

1. Con las debidas reservas y forzando hasta el límite la búsqueda en el siglo XX mediterráneo de un comportamiento histórico lo más representativo posible, diría que sus grandes protagonistas han sido los intelectuales y los militares. La razón que explicaría esta extraña coincidencia es su disponibilidad a la hora de llenar el vacío que en muchos momentos de la historia de estos países dejaron una burguesía nacional débil y una clase política escasamente arraigada.

2. Si repasamos lo sucedido en el mundo a lo largo del siglo, sobre todo en su segunda mitad, y especialmente a partir de la descolonización, creo que es fácil convenir en que el paradigma mediterráneo, en sus diversas modalidades, está mucho más extendido que el modelo anglosajón, marcado por la estabilidad del régimen parlamentario y por la continuidad constitucional.

3. He dejado para el final el simple enunciado de otros dos sujetos históricos que han adquirido una gran relevancia en el cambio de siglo, y es previsible que la tengan aún mayor en el futuro: *a)* el llamado *sujeto étnico*, es decir, las razas no blancas, protagonistas de las grandes migraciones de nuestro tiempo, de las que el Mediterráneo es, una vez más, un escenario privilegiado; y *b)* las *redes*, un concepto acuñado por las ciencias sociales a finales de los años sesenta y que ejemplifica muy bien esa tendencia señalada más arriba hacia la reificación del sujeto histórico y hacia la búsqueda de alternativas al concepto tradicional de clase social. No voy a hacer aquí el estado de la cuestión del *network analysis*, al que se han aplicado con fruición multitud de historiadores y sociólogos en los últimos treinta años, principalmente en las universidades norteamericanas, aunque algunos de los trabajos más logrados se refieren, precisamente, al mundo mediterráneo, tan propicio a este tipo de análisis: por ejemplo, el conocido libro de McDonnogh *Las buenas familias de Barcelona* (1989) o el de A. Block *The Mafia of a Sicilian Village, 1860-1960* (1974). La funcionalidad y la vigencia del concepto de red en las sociedades mediterráneas se demuestran en los buenos resultados que ofrece su aplicación a realidades sociales y prácticas asociativas tan diversas como puedan serlo las mafias

tradicionales, la guerrilla, el tejido industrial creado por la economía sumergida o la estructura clientelar sobre la que descansa el poder político en muchos países mediterráneos. Tal vez la mejor prueba de su operatividad la tengamos en la propia existencia de nuestra Red Mediterránea de Historia Cultural. Huelgan, pues, otros ejemplos. En todo caso, el tiempo dirá si el *network analysis* y el concepto de *sociedad red*, sobre el que hay luminosas reflexiones en el libro de Manuel Castells *La sociedad de la información* (1996-1997), superan la fase experimental en que se encuentran, se liberan de lo que puedan tener todavía de sofisticación y de moda y se consolidan como núcleo de una nueva epistemología capaz de describir e interpretar las claves de la sociedad postindustrial.